

Antenor Orrego

# La gran trayectoria política de latinoamérica

## I

### NACIONALISMO, LOCALISMO



**E**STAMOS ya bastante lejos de las culturas y de los gobiernos localistas, que fueron, por excelencia, las culturas y los gobiernos medioevales. El torreón y la almena fueron todo el castillo feudal e importaban, desde el punto de vista del espíritu, la restricción absoluta y plenaria de toda universalidad. El señor, el castellano, era el señor en el sentido más lato de la palabra: administraba la espada y la horca que constituían los signos y los instrumentos efectivos de su dominio. Sabemos que la monarquía fué, entonces, sólo una abstracción moral y jurídica y que el soberano era tan abstracto y tan débil en el terreno de las realidades políticas y militares que su actitud natural y habitual era una actitud defensiva, frente a las insolencias y a los latrocinios de sus vasallos. El poder concreto, el poder de facto.

el poder hecho carne de realidad tangible, residía en el señor.

No quiere decir esto que el espíritu medioeval careciera de un espíritu unitario y congruente, ni que participemos de la leyenda oscurantista de la Edad Media. Nunca fué más cierto, si cabe, el antiguo aforismo de que la multiplicidad se da siempre dentro de la más rigurosa unidad. Lo distinto, lo dispar, lo inconexo, en el sentido absoluto del concepto, no puede ser órgano de expresión histórica, porque es negación y contraposición, porque carece de concatenación biológica y, de consiguiente, no alcanza jamás a ser el vehículo y la expresión de una época. El localismo provincial o parroquial de la Edad Media constituyó una etapa necesaria y lógica dentro del proceso de la cultura occidental y tuvo, en algunos conceptos, sus espléndidas floraciones espirituales. Entonces el mundo europeo no pudo ser sino localista y provincial. Como todo organismo comienza a generarse por la célula, el organismo político y cultural europeo debió generarse por la célula política y cultural que es la parroquia, la provincia o la marca territorial. A la restricción del espacio tenía que corresponder, por correlación lógica, la restricción del espíritu. Es el incoercible proceso dialéctico. El feudo, el señor y el castillo desempeñaron una misión biológica y educadora de enorme trascendencia, porque, sin ellos, lo que ahora conocemos por el mundo contemporáneo no habría podido nunca constituirse.

Con el hundimiento del sistema feudal comienza la

era de los nacionalismos; comienza, también, en realidad, la era de la Monarquía. A la unidad celular de la parroquia, sucede una unidad de más amplio circuito: la unidad de la nación. A la congruencia biológica del feudo, sigue una congruencia biológica de más dilatada envergadura. Sólo, entonces, la Monarquía teórica, abstracta y moral, se hace tangible y concreta. Entonces, también, el soberano es el soberano en carne de la realidad política, económica y militar. Reside en él el poder de facto, el poder concreto y la soberanía jurídica se traduce en dominio.

Mas, la modalidad o el clima de la Edad Media debía prolongarse hasta la Revolución Francesa, no obstante haberse constituido, desde hacía algunas centurias, casi todas las nacionalidades europeas. Las fechas de los manuales no logran jamás encasillar una sustancia tan móvil y flúida como la de la historia. Nada tan falso como las casillas cronológicas. Ocurre con la historia que los hechos precedentes tiñen, impregnan con su sabor a los hechos posteriores y subsiguientes, a la manera como la cauda de un cometa va dejando su ruta de esplendor, aunque su masa cósmica se encuentre a millones de leguas de distancia. En verdad, el espíritu del castillo feudal trasvasándose a la monarquía personalista y al absolutismo del derecho divino de los reyes cayó con la Bastilla. El Estado soy yo, pasó a ser, el Estado es la nación. Es ya el nacionalismo europeo que destaca sus perfiles.

pero es un nacionalismo que todavía no ha rebasado el espíritu parroquial.

Desde entonces acá toda la cultura occidental es una cultura nacionalista pero, el patriotismo europeo no tiene aún otro sentido que el de la restricción localista. La parroquia medioeval se prolonga, un poco más dilatadas sus fronteras, hasta nuestros días. El objetivo paneuropeo de Napoleón choca contra la parroquia feudal y ella es hasta el presente el gran obstáculo para la unidad política y económica de Europa. El nacionalismo restrictivo de cada nación arrastra al mundo a la guerra de 1914. La pugna presente de Europa es la pugna desgarrada de sus nacionalismos. Jadea entre la energía gravitante de su pasado histórico y las fuerzas dinámicas y creadoras del porvenir. El patriotismo parroquial o patriotismo nacionalista lucha, con petetismo trágico, por hacerse patriotismo paneuropeo. En este forcejeo surge, a veces, la petipieza o el paso de comedia que anuncia, sin embargo, la madurez y el logro del futuro. La historia contemporánea está llena de estas zarzuelas u operetas bufas que contienen, no obstante, un germen de sustantividad biológica. No es que queramos hacer una paradoja. ¿Hemos aludido, acaso, a la Liga de las Naciones?

## II

## NACIONALISMO Y PATRIOTISMO CONTINENTALES

Ya Guillermo Ferrero apuntaba que el nacionalismo europeo no sólo era parroquial en el sentido político, económico y militar, sino en el sentido geográfico, territorial y topográfico. Basta viajar, decía el publicista italiano, unas pocas horas en Europa para que el paisaje, la forma de gobierno, la lengua, la religión, las costumbres, la raza y el espíritu cambien de un modo radical.

Efectivamente, de París a Berlín o a Londres hay más distancia psicológica que de México a Buenos Aires y hay más extensión histórica, política y etnológica que entre el Río Bravo y el Cabo de Hornos. Mientras en Europa la frontera es, hasta cierto punto, natural, porque obedece a un determinado sistema orgánico y biológico, en América Latina es una simple convención jurídica, una mera delimitación caprichosa que no se ajusta ni a las conveniencias y necesidades políticas, ni a las realidades espirituales y económicas de los Estados. Mientras en Europa, con frecuencia, los pueblos originan y construyen los Estados, en América el pueblo es una gran unidad y los Estados son meras circunscripciones artificiales. Mientras pueblo y Estado en Europa son casi sinónimos, porque hacen referencia a las mismas realidades, porque éste es la tra

ducción política y jurídica del estado económico, físico y anímico de aquél, en la América Latina pueblo y Estado tienen un sentido diferente y, a veces, hasta antagónico, porque el Estado es una simple delimitación o convención que no designa una parcela sustancial de la realidad. En Europa el Estado fué una fuerza unificadora y constitutiva; en América es una fuerza atomizadora y disgregante. Las diferencias entre los mal llamados pueblos de Indoamérica son tan mínimas y tenues que no logran nunca constituir individualidades separadas como en el Viejo Mundo. De norte a sur los hombres tienen el mismo pulso y la misma acentuación vitales. Constituyen en realidad un solo pueblo *standard* de carácter típico, específico, general y ecuménico.

Así se comprende que mientras el nacionalismo parroquial de Europa tiene que vencer formidables barreras naturales, históricas y biológicas para superarse y hacerse patriotismo paneuropeo, el nacionalismo lugareño de América, el patriotismo restrictivo de cada Estado no tiene ningún obstáculo natural, tradicional o atávico para ascender y alcanzar un nivel superior.

En Europa, hasta cierto punto, el nacionalismo restrictivo es el resultado de un sistema orgánico de coordenadas históricas, raciales, económicas y geográficas; en América Latina es el engendro del caos, del mundo inferior y avisa!, de las fuerzas ciegas, negativas y zoológicas, de la ausencia de un gran estilo político

constructor que sea consciente de los supremos objetivos continentales.

Hubo un momento en la vida del Viejo Mundo en que el nacionalismo fronterizo desempeñó una gran misión histórica y, por eso, sus raíces más profundas están sumergidas en la savia biológica de su crecimiento. Como el feudo, la nación fué una realidad educadora y constructora: constituyó un estadio o etapa necesaria en el proceso de la cultura europea. En el Nuevo Mundo, el nacionalismo parroquial es extranjero y foráneo, es ilógico y antinatural; es una redundancia y, por ende, un retroceso de la historia misma, un paso regresivo; es la escurraja o el material de acarreo que el caleo irracional y servil de la vida europea nos impuso. Si en Europa la pugna de los nacionalismos es una tragedia conmovedora porque encierra todo el drama de su pasado, en América es una estupidez y un crimen inexcusable contra el porvenir.

Somos, pues, los latinoamericanos, el primer Pueblo continente de la historia y nuestro patriotismo y nacionalismo tienen que ser un patriotismo y un nacionalismo continentales. Todo nos impulsa, visiblemente, hasta para los ojos menos zahoríes, a crear y constituir una cultura más universal que la europea. El mismo tipo *standard* del hombre latinoamericano, que tiene una misma pulsación cósmica, determina su destino histórico. Europa nos ha educado y tiene aún que educarnos, pero nosotros tenemos la responsabilidad de rebasar sus limitaciones inherentes, alumbrando, cla-



rificando y definiendo su misión histórica y humana. No es por el camino de la imitación mimética que vamos a cumplirla, sino por el camino de la diferenciación y de la creación original. Sería insensato no comprenderlo.

Sólo para el villano y el siervo de la Edad Media resulta una paradoja hablar de patriotismo continental, porque es un concepto que cae fuera de sus realidades económicas, políticas y sociales; así como para el chauvinismo contemporáneo, usufructuario de las banderas nacionales, resulta paradójico que se hable de patriotismo socialista o revolucionario.

El pequeño *panneau* del patriotismo parroquial de Juan Sin Tierra, por ejemplo, fué negado dialécticamente y rebasado por el *panneau* mediano del patriotismo nacionalista de Clemenceau, pongamos por caso; y éste, a su vez, debe ser superado por el gran *panneau* del patriotismo continental del pueblo continente que es América. La espiral tiene en su base un círculo pequeño y remata en un gran círculo que abarca un horizonte histórico más vasto. Es preciso conservar la justa perspectiva de estos *panneaux* de expresión histórica si se quiere comprender también, en su justa proporción, la entraña viva de los acontecimientos. La perspectiva mal enfocada da por resultado que el enano resulta un gigante, o que éste resulta un enano. De allí esa miopía, cuando no daltonismo completo, de nuestros estadistas y hombres públicos frente a los acontecimientos capitales de nuestros países y fren-



te a los movimientos políticos, culturales y sociales de gran envergadura continental.

Del nacionalismo europeo al nacionalismo latinoamericano hay la misma distancia que del sepulcro a la cuna, del pasado al porvenir, de lo abolido y muerto a lo que está en plena vigencia histórica y en toda su poderosa ascensión vital. El uno, es el *de profundis* de una tumba; y el otro, es la diana y el vagido de un nacimiento. Para nadie más que para el hombre americano de hoy, existe la responsabilidad y la urgencia de establecer la justa perspectiva del patriotismo contemporáneo.

### III

#### EN EL TRANCE DRAMATICO

No queremos hacer de augures con respecto al destino de América latina. No se trata de una profecía o de un raptó adivinatorio, extraídos del curso de los astros o de las entrañas de las víctimas. Se trata, ciertamente, de un imperativo y gravitante proceso dialéctico que surge, con limpia transparencia, de un análisis racional, verificado con todo el rigor científico.

Como el niño en su primera edad, el hombre latinoamericano ha vivido hasta hoy regido sólo por el instinto que regula las ciegas fuerzas biológicas de su estructura orgánica. Empero, los pueblos, como los hombres, no pueden quedarse en esa etapa infantil del ins-

tinto, so pena de renunciar a sus destinos superiores. Prolongar la edad pueril más allá de los límites consiguientes, es un llamamiento apresurado a la disolución y a la muerte en un estadio que ni siquiera puede llamarse de vejez, puesto que ha carecido de virilidad creadora.

La América latina atraviesa quizás el instante más crítico y dramático de su vida y está en el trance de sus decisiones vitales que asumen mayor trascendencia. Nada define mejor esta cuita trágica que el *to be or not to be* de Hamlet, aunque el símil sea resobado. Anquilosamiento, regresión y muerte o ascensión biológica, vigencia histórica y continuación progresiva, ésta es la alternativa de nuestros pueblos. Detenerse es el retorno al caos, es tanto como morir y disolverse.

La contextura de nuestros pueblos, el sentido interno y profundo de la vida continental, el carácter unitario y ecuménico de nuestra alma colectiva, la compulsión dialéctica de nuestra estructura histórica, nuestros grandes intereses políticos y económicos nos llaman a la solidaridad, a la mancomunidad y a la unión. Pero no a una solidaridad platónica y discursiva, tema adocenado y vulgar de las cancillerías entre copa y copa de champaña, sino a la constitución de un vasto organismo concreto y tangible, de un organismo que rijan en carne de realidad política, económica y cultural nuestros destinos superiores.

En suma, podemos formular esquemáticamente la trayectoria futura de América latina: **N a c i o n a l i s-**

mo lugareño, regresivo, antidialéctico, nacionalismo atómico y parroquial a la europea, impregnado de la pugnacidad disgregante de la Edad Media. O nacionalismo continental, unitario, congruente, constructivo y de una más amplia pulsación espiritual y humana.

Cajamarca, Perú, julio de 1935.